

nuestro país. No hay que olvidar que la lectura es un magnífico medio de crítica y ejercicio, principalmente en las nobles profesiones y todo aquello que se relaciona con el público a través de la palabra hablada y nada digamos de los hermosos ventanales de nuestros días, de la radio y de la televisión.

La palabra no tiene fronteras. La radiodifusión desempeña un papel importantísimo y se ejecuta al ritmo de la vida.

Más todavía cabe decir de la Televisión, con sonido, imagen e idea. Todo penetra en el hogar y en todas partes con lo que esto representa.

En los centros docentes debe imperar y fomentarse en lo posible y con sumo cuidado la lectura—que bien practicada exige una amplia cultura—por los beneficios que reporta para la mejor formación, a base, naturalmente, de buenos libros y de cultivar las más excelentes cualidades del hombre y del espíritu. La vida del espíritu viene a ser en definitiva nada más que la vida de la humanidad.

Hoy que tanto se propugna el hombre social en orden a un buen desenvolvimiento, hay que tener en cuenta que la lectura es totalmente imprescindible para él. Al hombre la lectura le orienta en el laberinto, en la complejidad político-administrativa de nuestros días.

Pero en la lectura hay que poner, como en toda actividad y si cabe más todavía, lo que esté de parte de quien la practica para que el resultado perseguido se alcance plenamente.

Se ha de sentir la lectura. Hay que dar sentimiento a la lectura. Así lo hacen los maestros de la palabra, que se identifican por completo con los sentimientos del autor.

No olvidemos nunca—por lo que concierne a la lectura artística—cuanto entra en función de la lectura y la regla de los maestros y los principios en que se fundan.

Relacionado con la oratoria—a la que ha dedicado el fino y laureado ensayista Pedro de Lorenzo espléndidos artículos—anotemos que actualmente se lee mucho más que se habla, incluso en ilustres y doctas Corporaciones. Es preciso constatar que cuando se lee se evitan no pocos riesgos y peligros de perderse o de no encontrar la palabra adecuada, precisa.

Con razón se afirma que el que sabe leer e interpreta bien la lectura con su verbo, con sus gestos y ademanes se gana al auditorio.

Los grandes lectores—España es país de eminentes oradores y lectores—, los que mejor ejercitan el arte de la lectura, hacen del mismo un espectáculo completo y singularmente emocionante.

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS

## Nuestros clásicos

# Relación a la retirada que Carlos V, Emperador, hizo a Yuste

YACE en la valiente España  
Un gran pedazo de tierra,  
Dulce olvido de los hombres,  
En la Vera de Plasencia.

Suelo de tanto deleite,  
Que acreditara a un poeta  
Que fingió el Elíseo campo,  
A decir que fue en la Vera.

Aquí el temerario invierno,  
De lástima o de vergüenza,  
Del campo siempre florido  
Dentro en sus huertas se encierra.

El noble Mayo detiene  
El dudoso otoño atierra,  
Y a más no poder corona  
De nieve las altas sierras.

No que el yelo, humilde fuente,  
Ate en nevadas cadenas,  
Que en su imperio de cristal  
Sin ley murmuran y reinan.

El seco abrasado estío  
Sus ardientes llamas templó  
Con el céfiro agradable,  
Blando rey de las florestas.

No permite a la chicharra  
Ronca voz, porque en la siesta  
Mil cantores pajarillos  
Alegremente gorjean.

El aire, entre alegres prados  
Y entre las fuentes risueñas,  
Con abanicos de flores  
Mueve fresco y vierte perlas.

El otoño, de las plantas  
Ladrón, y común afrenta,  
Nunca se atreve a las hojas,  
Porque tenga el viento lenguas.

Pródigo, esmaltados campos  
Viste de verdes libreas,  
Con pasamanos de plata,  
Ríos que la hierba ondean.

Veréis los ricos vestidos  
De escarchadas lentejuelas,  
Que tal vez la variedad  
Muda la naturaleza.

La primavera agradable,  
Con florecillas, soberbia  
Viste el tesoro oloroso  
De la copia de Amaltea.

Sementeras de claveles,  
Desperdicios de mosquetas,  
Montes de jazmín, y rosas,  
Más fragantes que azucenas.

Del campo y valle en los ecos  
Dobladas las voces suenan  
Del facistol de las aves,  
Ya en canciones, ya en endechas.

Aquí, pues, donde el rigor  
Del tiempo no se respeta,  
Por ser alba todo el día,  
Todo el año primavera.

Se vino el Emperador  
Por gozar en esta tierra  
Del cielo más favorable  
Que cubre toda la esfera.

Llegó, pues, a Jarandilla,  
Y después de estar en ella  
Mucho tiempo, partió a Yuste  
Y se encerró en una celda.

Está el convento de Yuste  
Apartado siete leguas  
De Plasencia, junto a Cuacos,  
Hermosa y frondosa aldea.

San Jerónimo se llama,  
Cuya religión estrecha  
Entre estas blandas delicias  
Vive en dura penitencia.

En él, hacia al Mediodía,  
Con respeto de la iglesia,  
Que espaldas le hace al convento,  
Se labraron ocho piezas.

Para vuestra Majestad,  
Ni son grandes ni pequeñas:  
Tienen veinticuatro pies:  
Las cuatro están en la huella,

Casi al mismo andar del claustro,  
Y las otras cuatro dellas  
Van bajando de una en otra;  
Que por estar en ládera

El convento, el edificio  
Fue obedeciendo a la cuesta,  
De tal suerte, que parece  
Que a la persona venera.

Estas piezas las dividen  
Dos tránsitos que atraviesan  
Desde el Oriente al Poniente,  
Y en lo alto está una puerta

Que sale a una hermosa plaza,  
Cuya máquina sustentan  
Muchas valientes columnas  
De muy bien labrada piedra.

En este sitio hay mil flores  
Que vienen en competencia  
De los naranjos y cidros,  
De que está la plaza llena.

En medio tiene una fuente  
Tan grande, que bien pudiera  
La más arriscada nao  
Temer furiosa tormenta.

El tránsito bajo sale  
A una dilatada huerta  
Poblada de varias frutas  
Naturales y extranjeras.

Tienen estas ocho cuadras  
Seis francesas chimeneas,  
Y a la parte del Oriente  
Una estufilla flamenca.

De aquí se sale a un jardín,  
A donde la diligencia  
Trujo de reinos extraños  
Plantas y flores diversas:

Que por no ser naturales,  
Una fuente, no pequeña,  
Con cortesanías corrientes  
Las raíces lisonjea.

Hay para los oficiales  
Bastante sitio; escaleras  
Descansadas, y ventanas  
Que todo lo señorean.

Una tribuna que baja  
A la iglesia, tan estrecha,  
Que es como una sepultura  
Voz viva, de tierra muerta.

Ya jardines y ya fuentes  
Toda la ribera cercan  
(esta es cifra de un alcázar),  
Y por las ventanas mismas

Lanzas de cristal arrojan,  
Y tanto el cuarto respetan,  
Que si arriba suben púas,  
Cuando bajan vuelven perlas.

Los animosos naranjos,  
Cidros y limones trepan  
Por meterse en las ventanas;  
Y admirando las grandezas,

No del cuarto de su dueño,  
Van diciendo en agrías lenguas:  
«Grande celda para un fraile,  
Corto albergue para un César».

El sitio es sano y templado,  
El agua delgada y fresca,  
Con mucho ganado el campo,  
Los ríos con mucha pesca.

El viento lleno de olores,  
Con mucho fruto la tierra;  
Y en fin, todo es un milagro  
Y un paraíso la Vera.

GABRIEL AZEDO DE LA BARRUEZA  
Y PORRAS



Editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial  
de Cáceres, acaba de aparecer la obra:

**«Siete ensayos sobre el Romanticismo español»**

por PEDRO ROMERO MENDOZA

Premio Cartagena de la R. Academia Española

TOMO II

Anotada e ilustrada

Pedidos al autor: Antonio Hurtado, 2 - Cáceres, a Servicios Culturales  
o a la Revista «ALCÁNTARA»

**Páginas antológicas (1)**

# LAS RETAMAS

Vuelvo hoy a verte en este suelo, amante  
de desiertos lugares de tristeza,  
de afligida fortuna, siempre amiga,

LEOPARDI



ANTES podía cantarse con bien sonora lira;  
ahora contarse su atropello con amarga  
tristeza. En los senos de sus cerros y en el  
regazo de sus cañadas, las retamas tejieron  
sus bolas de verdura. Era una alfombra de  
maravilla, en primavera, sobre aquel suelo ondulado,  
destacando de su gualda florido sus recias copas las  
encinas de bronceada eternidad. En sus medios, dos  
charcas con las aguas limpias de la invernada, donde  
acudíamos a echar el trasmallo y a yantar los hornazos  
pascuales.

Atalayando el retamal en su dirección norte domi-  
naba el cerrete más pomposo, coronado con una casilla  
blanca—refugio de guardería—rodeada de espesas y altas  
retamas, tan altas como su techumbre de roja teja ro-  
mana. Más al fondo, el tope de la Sierra de Magacela,  
encrestada con su iglesia, su castillo y sus peñones.  
Casas y ollerías gateando por la fragosa falda empinada.  
Y allá, en el horizonte, la serranía de Guadalupe con  
su incierto gris azul lejano.

Sobre todo en primavera, el retamal era un encanto.  
Brotaban sus flores, de un amarillo naranjado, que ex-  
halaban su denso olor, embriagándolo todo. Verde olor  
de verdura. Dilatado verde olor de amargura. El amar-

(1) FRANCISCO VALDES, escritor fino, estilista, que produjo bellas, magníficas y serenas páginas. viene hoy a esta sección antológica. Publicamos una de sus estampas: «Las retamas», de la que dijo nuestro eminente escritor José López Prudencio que contiene la mejor prosa escrita en los años de 1900 a la fecha en que la escribió su autor.